

También debía ser vieja, puesto que contaba diez años más que ella.

La casualidad proporciona en el mundo tales encuentros.

Además, no podía significar otra cosa la emoción que su nombre la había producido.

Abrigando casi esta seguridad llegó al portal; la mujer que ella había visto oraba aún fervorosamente.

Lágrimas silenciosas rodaban por sus mejillas.

Isabel se detuvo al final de la escalera para contemplarla á su sabor.

La veía de perfil.

Aquel rostro estaba lleno de arrugas y curtido por la intemperie; estudiando sus facciones, se podía averiguar que, con cuarenta años de menos, sería bella y agraciada.

Rodeábanle unas guedejas blancas, que aun ostentaban ciertos reflejos de haber sido rubias; sus ojos tenían un fondo azul como los de la hija de Anselmo.

Sin embargo, Isabel conservaba aún alguna duda.

No en balde pasan cuarenta años, y según la cantidad de dolor que arrastren, pueden dejar huellas terribles que descompongan y trastornen unas facciones.

Por último, y á fin de saber á qué atenerse, Isabel dió un paso hacia adelante, exclamando:

—¡Magdalena!

La mujer que oraba levantó prontamente la cabeza, como un corcel de batalla que oye el toque del clarín.

Púsose en pie y fijó sobre *la Beata* una mirada codiciosa é interrogadora.

Mejor conservadas las facciones de aquélla por una vida tranquila y sin privaciones, debió reconocerlas en seguida, porque, frotándose los ojos, exclamó:

—Isabel, ¿eres tú?

Ya no cabía duda; era Magdalena aquella vieja mendiga.

¡Pero en qué estado!

Aquella joven presumida, que tanto cuidara del adorno de su persona, se había transformado en una vieja repugnante y asquerosa.

Sus arrugas eran innobles; sus cabellos no inspiraban respeto.

En sus vestidos no se veían más que girones y remiendos, puestos de una manera torpe y descuidada; estaban llenos de barro y de polvo.

No obstante, Isabel no veía en aquel momento lo que tenía delante.

Su imaginación, retrocediendo cincuenta años, la presentaba aquella joven de rostro agraciado y talle airoso que vió huir una noche fatal, mientras que su padre, que la llamaba con cariño, caía desplomado sobre las baldosas del corredor.

La abrió los brazos, saliendo á su encuentro.

Magdalena iba á precipitarse en ellos.

De repente se detuvo y, después de una breve pausa, se dirigió á la calle, exclamando:

—No, no... ¡es imposible!

—¡Magdalena! —exclamó aquélla, corriendo á detenerla.—¿Qué te he hecho yo para que huyas así?

Magdalena la contemplaba en silencio; al cabo de algunos segundos, la dijo:

—¿No me aborreces?

—¿Por qué?

—Sin embargo, tú amabas á mi padre...

—¿Y por eso había de aborrecerte? No, no, ven, Magdalena; te brindo con mi casa y lo poco que tengo.

Aquélla hizo un gesto de horror como si la ofrecieran una cosa que la repugnase.

Después contestó, hablando consigo misma, aunque en alta voz:

—Yo mancho todo aquello que toco... no puedo aceptar... mi presencia arrastra la mala ventura... es fatal para las personas que me dan su estimación... deshonra, mata como un hálito envenenado... ¡Adiós, Isabel!

—¡Pero atiende!... ¡Escucha, desventurada!

—No; porque te amo y te respeto, quiero librar-te de mi presencia.

—¡Ven!

—No.

—¿Pero adónde vas, adónde te diriges?

—Donde mi sombra no se proyecte más que sobre objetos aborrecidos; donde mi voz no hiera á

aquel que la escuche, donde las miradas de mis ojos no se fijen más que sobre objetos malditos como yo...

—Ven, Magdalena; la Virgen te llama; esa Virgen ante quien has orado en tu niñez, como yo.

—Te engañas, Isabel; esa imagen me rechaza. Hace poco, cuando oraba á sus piés, me parecía que sus labios se agitaban y llegaba á mi oído una voz dura que decía con acento de recriminación:

—¿Qué vienes á buscar aquí, insensata? Después de haberme abandonado, de causar la muerte del que cuidaba de mí, ¿pretendes que te perdone? Huye de aquí... Tu presencia me insulta... ¡Huye, mujer maldita!

—No; la Virgen no puede haberte dicho eso.

—Yo lo oí.

—¡Es imposible!... María no maldice á nadie.

—¡Pero cuando se trata de una parricida!

—Tu mismo padre te perdonaría si viviera.

—¡Pobre padre mío!

—Yo en su nombre te ruego que te quedes... que me acompañes... que aceptes lo que te ofrezco si estás arrepentida del mal que has causado en un momento de error; ven y ora á los piés de esa imagen. La Virgen, que es todo amor, y que se desvive por los corazones donde entra el arrepentimiento, te perdonará, enjugando tus lágrimas, dando á tu corazón la paz que le falta.

—¡Ya es tarde!

—No.

—Hay en mi alma un fardo pesado... un lastre de culpas que me abruma.

—Deposítalas á los piés de esa imagen sagrada.

—¿No te he dicho que me rechaza?

—Su Hijo vino al mundo por redimir á los pecadores.

—Pero no como yo.

—Una mujer, que también llevaba tu nombre, cometió grandes faltas, pecados enormes.

—Pero ¡no mató á su padre!

—Haz penitencia como ella, que tu arrepentimiento iguale á tus delitos, y puedes confiar en la misericordia divina.

—¡Adiós, Isabel!

—¡Magdalena!...

—¡Adiós!

—¡Desventurada, adónde te precipita tu falta de fe y de esperanza en el perdón!

Pero Magdalena ya no la oía.

Salió á la calle con paso veloz, perdiéndose entre las sombras de la noche, que desplegaban ya sobre la villa su manto de tinieblas.

Cuando la perdió de vista volvió al portal.

Había en él algunas mujeres que oraban devotamente ante la imagen.

Isabel, volviéndose á ellas, las dijo:

—Hermanas mías, recemos una *Salve* á la Virgen por un alma que está en pecado mortal.

A los tres días, al bajar Isabel de su casa para asistir á la primera misa que se celebraba en el convento, vió sobre los guijarros que formaban el suelo un bulto informe derribado en tierra como un fardo que ha perdido el equilibrio.

Acercóse temblando.

Era una mujer, en cuyas marchitas facciones reconoció á Magdalena.

Estaba muerta.

Había espirado, como su padre, á los piés de la Virgen.

CAPITULO VI

La Virgen de la Paloma.



AS dinastías de los reyes se consolidan haciendo bien á sus pueblos.

Con las imágenes de los santos sucede algo por el estilo.

Es mayor la devoción hacia aquella que hace más número de milagros.

Pero los milagros requieren una fe acendrada, un amor desinteresado.

Cuando un alma devota pide algo á una imagen, es preciso que no ponga precio á sus oraciones.

La plegaria debe ser desinteresada.

Algo de esto sucedió con la Virgen de la Soledad que se veneraba en aquel humilde templo constituido en un portal.

La devoción de aquellas buenas gentes era tan grande y tan desinteresado el culto que la tribu-
taban, que obligó su corazón.

Y bien pronto aumentó su fama con los milagros que hacía.

No se hablaba en el barrio más que de la Virgen de la Paloma, habiéndole dado este nombre del de la calle en que se veneraba.

Su fama corrió bien pronto por todo Madrid.

—Pero ¿en qué templo se venera esa imagen tan milagrosa?—preguntaban los devotos que habitaban en barrios apartados.

Y quedaban absortos cuando los decían:

—En un portal de la calle de la Paloma.

¡En un portal!

¿Por qué no?

¿No había nacido su Hijo en un establo?

El caso siguiente vino á aumentar su crédito, ya muy bien sentado.



El conde de las Torres, caballero de Carlos IV, hallábase postrado en cama de resultas de una caída del caballo, acompañando al rey en una de aquellas cacerías á que era tan aficionado.

Tenía fracturada una pierna.

Y aunque asistido por los principales médicos de la corte, la cura marchaba con lentitud, habiendo quien opinase que no quedaría bien.

Uno de sus criados de confianza le dijo:

—Señor, hay en Madrid una imagen notable por los milagros que se verifican por su intercesión,

¿por qué no se encomienda vucencia á su divino poder?

—¿Y dónde está esa imagen?—preguntó el ilustre enfermo.

—En un portal de la calle de la Paloma; su advocación es la Soledad y á una mujer que vive en la casa la he oído asegurar que ha hecho curas prodigiosas con aquellos que invocan su nombre con fe.

No era el conde de esos magnates que por seguir las ideas del siglo descuidan la salud de su alma.

Al contrario, practicaba sus deberes religiosos también como el más ferviente devoto, y tributaba á la Virgen un culto acendrado.

En vista de lo que le había dicho su servidor, y no dudando de la eficacia del remedio, encomendóse á la Virgen con todo su corazón.

Es fama que á los seis días estaba completamente bueno y pudo salir á la calle.

Los médicos fueron los primeros en reconocer que aquello no podía ser resultado de la ciencia, sino hijo solamente de la intervención divina, que á veces deja atrás los preceptos más sabios, probados por la experiencia.

El conde no se mostró ingrato á tal beneficio.

Su primera salida fué para hacer una visita á aquella que había intervenido de una manera tan prodigiosa en su salud.

Desde luégo echó de ver que aquel era un sitio

poco decoroso para una imagen de tan augusta Señora.

Enterado de la historia de su instalación, quiso conocer á Isabel, á cuya virtud y devoción tributó los elogios que merecía.

Y puesto de acuerdo con ella la proporcionó los medios suficientes para que alquilara un piso bajo en la misma casa, el cual se adornó modestamente, pero dándole la apariencia de sitio de oración.

La Virgen fué colocada en un modesto altar, alumbrado noche y día, á cuyo culto contribuyó la devoción del agradecido magnate.

Aquel fué un día de júbilo en el barrio, sobre todo para Isabel.

La pobre mujer, inspirada por espíritu profético, decía á los vecinos.

—Este humilde albergue se transformará algún día en un hermoso templo, en el cual se cantarán dignamente las glorias de la Virgen por todo el piadoso vecindario de la villa, y entonces tendrán verdadera aplicación estas palabras de su cántico:

«Porque miró la humildad de su esclava, desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones.»

Un nuevo prodigio vino á afirmar la fe en los corazones devotos y á inspirársela á los que no la tenían.

El príncipe de Asturias, que lo era entonces don

Fernando, hijo de los reyes Carlos IV y María Luisa, cayó gravemente enfermo cuando apenas contaba ocho años de edad.

El terrible escorbuto minaba su salud, poniendo en riesgo su vida.

Todos cuantos le rodeaban temían un fatal resultado; la noticia, transpirando fuera del alcázar, tenía inquieto al pueblo; todos esperaban la fatal nueva que iba á sembrar el luto y la desolación en toda la monarquía.

La reina lloraba inconsolable, no hallando lenitivo á su acerbo dolor.

Entonces el conde de las Torres, que era uno de los que asistían á la real cámara, refirió á María Luisa lo que con él había sucedido, manifestándola que, más que á la ciencia, debía su salud á la protección de la Virgen de la Paloma, cuya historia la refirió, y lo que por ella había hecho, esto es, mucho menos de lo que la correspondía.

Noticiosa de todo la reina, aun cuando se habían hecho rogativas públicas en todos los templos de la capital, mandó que se iluminase la capilla de la Virgen de una manera conveniente y que se la rezasen con toda solemnidad las preces de la Iglesia pidiendo por la salud de su hijo, que ofreció á tan augusta Señora.

Entonces el príncipe, cuya vida había estado en inminente riesgo, empezó á experimentar una ligera mejoría, que fué acentuándose por momentos, hasta el punto de que en pocos días corrió por Ma-

drid la grata noticia de hallarse enteramente restablecido.

El pueblo, gozoso, celebraba un doble triunfo.

Primero, la salud del príncipe completamente asegurada sin la intervención de la ciencia.

Luégo, aquel milagro realizado por una imagen que gozaba de todas sus simpatías, imagen que recordaba un origen humildísimo.

Agradecida la reina á aquel especial favor, que había recibido como reina y como madre, ofreció á la Virgen el vestido que el príncipe usó la primera vez que se presentó en público después de aquella cruel enfermedad, cuyo dón aun se conserva en la capilla.

Agradecido el pueblo de Madrid á esta singular protección de María hacia los reyes que habían de regir sus destinos, se apresuraba noche y día á rendir homenaje á aquella imagen querida, cuyo dolor expresaba los suyos.

No podía llamarse ciertamente Virgen de la Soledad aquella cuya capilla estaba siempre acompañada de fervientes devotos.

Las plegarias resonaban siempre bajo la techumbre de aquella humilde sala.

Siempre había velas de cera en su altar, que atestiguaban la piedad del pueblo de Madrid, y las limosnas en metálico no escaseaban.

A tal suma llegaron, que se pensó formalmente en darlas la debida inversión.

Al efecto, y siendo Isabel el alma de aquella

resolución, se pensó en edificar una verdadera capilla, en cuyo altar se celebrase todos los días el santo sacrificio de la misa, dando más solemnidad al culto.

Guiada por este ardiente y noble pensamiento, se presentó Isabel al arzobispo de Toledo y al Supremo Consejo de Castilla, deponiendo todo temor, pues nadie mejor que ella tenía derecho para defender aquella santa causa, que era la de la religión.

Y el día 23 de Julio de 1792 obtuvo las licencias que solicitaba.

Con el producto de las limosnas compróse aquel corral del convento donde el tratante del ganado de cerda había tenido arrinconado el lienzo sin saber lo que representaba antes de entregárselo á los muchachos para que le arrastrasen por la calle.

Se encargaron los planos á D. Francisco Sánchez, arquitecto de mucha fama en la corte y uno de los discípulos más aventajados del célebre don Ventura Rodríguez, el cual, amante del culto de la Virgen y devoto de aquella Señora, trabajó sin cobrar ningún emolumento, pues se consideraba pagado suficientemente con el honor que le resultaba de emplearse en aquella santa obra.

Dióse principio á la fábrica con tanto entusiasmo como diligencia.

Esto enardeció la devoción de los fieles, y las limosnas llegaron á una suma tal, que permitían edificar un suntuoso templo.

Por desgracia no fué así, y éste no pasó de la pobre capilla que hoy vemos.

Después de cuatro años de incesantes trabajos tocó á su conclusión.

El santuario, aunque pequeño, no carece de esbeltez y de buenas proporciones.

El retablo es de mármol de mucho gusto.

En el centro, y en un buen marco dorado, se halla la primitiva imagen de Nuestra Señora de la Soledad, representada en un lienzo de regulares proporciones.

Sobre su cabeza brilla una corona magnífica de plata.

Durante la obra no hubo más administrador y encargado que la beata Isabel, quien, á pesar de su edad, fué un incansable impulso para que aquella se concluyera cuanto antes.

Al fin pudo ver realizado su ardiente deseo.

Trasladóse la imagen solemnemente el día 9 de Octubre de 1796.

La víspera fué conducida á la parroquia de San Andrés, á cuya feligresía pertenece el barrio de la Paloma.

Los personajes más ilustres de la corte y las damas más distinguidas de la nobleza, acompañaron procesionalmente á la imagen hasta dejarla instalada en su nuevo templo, siendo seguida de un inmenso gentío del pueblo agradecido á sus beneficios.

Isabel fué nombrada administradora perpetua

del templo, con opción de tomar de las limosnas lo que necesitase para su sustento.

Ningún pariente suyo podía heredar este derecho que se le concedió á ella únicamente por la circunstancia de haber dado á conocer la imagen, contribuyendo la primera á su culto con su escaso peculio.

Durante la dominación francesa en España supo gobernarse de modo que ninguna de las alhajas de la Virgen fué víctima de la rapiña del ejército invasor.

Por último, el día 30 de Octubre de 1813 Dios la llamó á sí cuando contaba ya una avanzada edad.

Dicen los que la asistieron que la Virgen confortó su agonía, en medio de la cual tuvo visiones célicas que hicieron más agradable su tránsito de este mundo al otro.

Acompañó su cadáver un numeroso cortejo, como si hubiera sido el de un magnate.

Fuó sepultada en un nicho del primer patio del cementerio de San Isidro.

CONCLUSIÓN



El culto que recibe la sagrada imagen en aquel reducido santuario es igual al de las más principales parroquias de la villa.

Las misas se suceden sin interrupción y la concurrencia es numerosísima.

Las mujeres casadas acostumbran á oír en aquel templo la misa de purificación.

La capilla se ve llena de objetos y exvotos que indican los milagros que obra la patrona de aquel populoso barrio.

Su fiesta principal se celebra el día 15 de Agosto.

La víspera tiene lugar una de esas romerías llamadas verbenas, en la que el santuario es visitado por toda clase de gentes de la sociedad, aun de los barrios más apartados.

Es una de las nueve imágenes de la Santísima Virgen que visitan las reinas de España durante su embarazo.

406



